

Sentidos, pero no resentidos

E.
MIRET
MAGDA
LENA

NUESTRO panorama religioso no es muy optimista. Al menos en lo que se refiere a la pretensión triunfalista que tuvo nuestro catolicismo. Esa veta, que tanto caló en nuestra Historia y en nuestra cultura, está a punto de desaparecer de la esfera profana y de la construcción de la sociedad civil del futuro. Cada vez cuentan menos nuestros obispos y sus dichos, no sólo para el pueblo, sino para los gobernantes también.

Todas las cosas tienen su "kairós", su momento oportuno. Y la Iglesia española lo ha tenido en varias ocasiones, perdiendo el tren en todas ellas. Y ahora sólo pueden recuperarse en parte, si deja de una vez ese afán triunfalista.

La alianza tan estrecha de trono y altar ayer, y hoy la del nacional-catolicismo de los últimos cuarenta años, han dejado un poso que no resulta coherente ni con la dimensión del mundo actual —de su cultura y de sus costumbres—, ni con el grado de independencia religiosa que la conciencia de los creyentes ha ido adquiriendo en muchos casos.

Y todavía no se ha producido el claro despegue de este maridaje que hemos vivido año tras año en nuestro país. Sigue gritando la herencia, como un peso muerto que no deja moverse con fluidez.

El resultado de esta alianza explícita fue una identidad implícita eclesiástico-civil que llegaba a consecuencias llamativas. Cuando yo estaba en la Acción Católica, siendo dirigente nacional de los Graduados, me preguntada mucha gente si los obispos obedecían sumisamente a los ministros y gobernadores civiles, porque muchas veces parecía que seguían literalmente sus consignas. Sin embargo, yo contestaba que no era exactamente así, porque la congruencia se producía por otro fenómeno mucho más grave e importante: la coincidencia de motivos de fondo, la cohesión entre el modo de pensar civil de nuestros obispos y el modo de pensar religioso de nuestros dirigentes civiles. El resultado era palpable: se conseguía espontáneamente una mutua implicación, para la que no hacía falta ningún pacto en cada circunstancia. La coincidencia de criterios y reacciones de unos y de otros sustituía con ventaja a cualquier acuerdo circunstancial. Ese fue el problema, del cual estamos empezando a salir demasiado tarde.

Nuestras costumbres, aunque no nuestras instituciones, están cambiando, y por eso en el seno general de la Iglesia española se produce menos coincidencia entre uno y otro campo, al haber cambiado todavía muy poco la orientación civil

de la sociedad. Lo hemos visto en forma creciente en estos últimos años. Y la Iglesia jerárquica ha seguido a remolque este proceso. Ahora, esta Iglesia institucional debe rápidamente independizarse y, al mismo tiempo, simplificar sus cuadros internos para que la gran organización burocrática y jurídica no aplaste en el porvenir inmediato la religiosidad sincera de los cristianos que quedamos en ella. Ni ha de volver a aliarse con los poderes humanos del porvenir (sea del dinero o de la política), ni puede pretender dominar a los hombres para vivir tranquila en su "establishment".

Cuando vino la II República tuvimos una ocasión propicia para romper el César-papismo de nuestro mundo civil y para superar de una vez el clericalismo interno de nuestra Iglesia. Pero los cuadros superiores de nuestro catolicismo —lo mismo seculares que eclesiásticos— carecieron de esta visión, y no adoptaron esta necesaria decisión. La misma Santa Sede prefirió, después de la quema de conventos del 11 de mayo de 1931, la oposición a los renovadores y la alianza con los conservadores. Y hoy puede tener la misma tentación si las cosas no se desenvuelven en la forma triunfalista que en el fondo todavía espera, a pesar de su mayor comedimiento presente.

Todas estas reflexiones me las hacía leyendo el libro del historiador Víctor Manuel Arbeloa titulado "La Semana Trágica de la Iglesia Española, 1931" (Ed. Galba).

Por sus páginas desfilan muchos hechos y figuras, pero hay una en la cual debemos fijarnos especialmente, a propósito de lo que digo más arriba. Don Fernando de los Ríos fue uno de los más interesantes personajes de la República y del socialismo español por sus connotaciones humanistas y religiosas. Fue éste un fino y espiritual intelectual del socialismo hispano que, con su verbo atractivo, electrificaba y subyugaba a los difíciles diputados que componían las Cortes Constituyentes de la II República. Cuando don Fernando de los Ríos hablaba, se producía un cambio en el panorama: un silencio sepulcral, lleno de respeto, se hacía en torno suyo, y las pasiones de los justamente ofendidos republicanos se apaciguaban. El resentimiento religioso producido en España por los muchos años de dominación ejercida por el catolicismo y por sus organismos e instituciones eclesiásticas, era apaciguado cuando hablaba. Sus cálidas y sensibles palabras, llenas de serenidad, contenían la pasión desbordada contra los males sociales, po-

líticos y religiosos que la Iglesia había patrocinado en el país, sin por eso ocultarlos.

La tarde del 8 de octubre de 1931 escuchó las palabras apaciguadoras y llenas de emoción religiosa de este padre de la Patria que, sin embargo, era execrado por los católicos oficiales de entonces, los que sumisamente seguían las consignas de oposición a la República que el nacional-catolicismo difundía hábilmente en las conciencias demasiado infantiles de muchos católicos.

Cuando la mayoría de los diputados republicanos querían adoptar una actitud drástica contra la Iglesia, guiados por la lógica reacción que experimentaban contra los excesos de dominación clerical, don Fernando de los Ríos dio una lección inolvidable que se resume en estas geniales palabras, que pueden servir de lema hoy también: "Seamos sentidos, pero no resentidos".

El, como otras tantas figuras de la Institución Libre de Enseñanza, tuvieron que adoptar, para seguir su conciencia, una actitud sumamente dolorosa para ellos. Al pueblo español "no se le había dicho que nosotros, a veces, no somos católicos no porque no seamos religiosos, sino porque queremos serlo más". Penosa situación de conciencia la que tuvieron en el siglo pasado don Gumersindo de Azcárate o don Fernando de Castro, entre otros muchos, y después don Fernando de los Ríos en nuestro siglo. Para ser cristianos, para ser creyentes, tuvieron que dejar una Iglesia anquilosada y dictatorial que les ahogaba su vitalidad religiosa. Y hoy, a veces, estamos en una situación parecida. ¡Cuántos querrían ser religiosos y no pueden porque les asfixian las prácticas religiosas que no dejan vivir, las exigencias dogmatizantes que impiden pensar!

Somos, no obstante, bastantes (aunque cada vez menos) los que con terca tenacidad estamos dentro de esta Iglesia que no nos gusta, porque queremos limpiarla de sus exigencias alienadoras. Lo que hace falta es que ni aquellos que abandonaron la Iglesia, ni los que seguimos en ella, lleguemos a ser resentidos. Pero, eso sí, no olvidemos lo ocurrido; sintámoslo profundamente, para que no vuelva a ocurrir lo que ocurrió, y que todavía deja su estela negativa en el país. ■